

Stéphane Hessel

¡Indignaos!

Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección
pacífica

Prólogo de
José Luis Sampedro

Traducción de Telmo Moreno Lanaspá

Título original: Indignez-vous!

© Indigène Éditions, décembre 2010

© del prólogo, José Luis Sampedro, 2011

© de la traducción del francés, Telmo Moreno Lanaspá, 2011 © de la imagen de la página 7, Paúl Klee, Vegap Barcelona, 2011,

© 1920, Bridgeman Art Library/Index

© Ediciones Destino, S. A., 2011 Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona www.edestino.es
Primera edición: febrero de 2011 Novena impresión: junio de 2011 ISBN: 978-84-233-4471-0 Depósito legal: M. 23.292-2011 Impreso por Dédalo Offset, S. L.
Impreso en España-Printed in Spain El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



Paúl Klee, *Angelus Novus*, 1920, acuarela, 31,8 x 24,2 cm, Museo de Israel, Jerusalén. Stéphane Hessel remite en su texto a esta obra de Paúl Klee y al comentario que de ella hizo el filósofo alemán Walter Benjamín en sus Tesis de filosofía de la historia, escritas en 1940, bajo la conmoción del pacto germanosoviético. Walter Benjamín fue el primer propietario del cuadro. Veía en él un ángel ahuyentando «esa tempestad a la que llamamos progreso».

PRÓLOGO

Yo también

Yo también nací en 1917. Yo también estoy indignado. También viví una guerra. También soporté una dictadura. Al igual que a Stéphane Hessel, me escandaliza e indigna la situación de Palestina y la bárbara invasión de Irak. Podría aportar más detalles, pero la edad y la época bastan para mostrar que nuestras vivencias han sucedido en el mismo mundo. Hablamos en la misma onda. Comparto sus ideas y me hace feliz poder presentar en España el llamamiento de este brillante héroe de la Resistencia francesa, posteriormente diplomático en activo en muchas misiones de interés, siempre a favor de la paz y la justicia.

¡INDIGNAOS! Un grito, un toque de clarín que interrumpe el tráfico callejero y obliga a levantar la vista a los reunidos en la plaza. Como la sirena que anunciaba la cercanía de aquellos bombarderos: una alerta para no bajar la guardia.

Al principio sorprende. ¿Qué pasa? ¿De qué nos alertan? El mundo gira como cada día. Vivimos en democracia, en el Estado del bienestar de nuestra maravillosa civilización occidental. Aquí no hay guerra,

no hay ocupación. Esto es Europa, cuna de culturas. Sí, ése es el escenario y su decorado. Pero ¿de verdad estamos en una democracia? ¿De verdad bajo ese nombre gobiernan los pueblos de muchos países? ¿O hace tiempo que se ha evolucionado de otro modo?

Actualmente en Europa y fuera de ella, los financieros, culpables indiscutibles de la crisis, han salvado ya el bache y prosiguen su vida como siempre sin grandes pérdidas. En cambio, sus víctimas no han recuperado el trabajo ni su nivel de ingresos. El autor de este libro recuerda cómo los primeros programas económicos de Francia después de la segunda guerra mundial incluían la nacionalización de la banca, aunque después, en épocas de bonanza, se fue rectificando. En cambio ahora, la culpabilidad del sector financiero en esta gran crisis no sólo no ha conducido a ello; ni siquiera se ha planteado la supresión de mecanismos y operaciones de alto riesgo. No se eliminan los paraísos fiscales ni se acometen reformas importantes del sistema. Los financieros apenas han soportado las consecuencias de sus desafueros. Es decir, el dinero y sus dueños tienen más poder que los gobiernos. Como dice Hessel, «el poder del dinero nunca había sido tan grande, insolente, egoísta con todos, desde sus propios siervos hasta las más altas esferas del Estado. Los bancos, privatizados, se preocupan en primer lugar de sus dividendos y de los aítí-

simos sueldos de sus dirigentes, pero no del interés general».

¡INDIGNAOS!, les dice Hessel a los jóvenes, porque de la indignación nace la voluntad de compromiso con la historia. De la indignación nació la Resistencia contra el nazismo y de la indignación tiene que salir hoy la resistencia contra la dictadura de los mercados. Debemos resistirnos a que la carrera por el dinero domine nuestras vidas. Hessel reconoce que para un joven de su época indignarse y resistirse fue más claro, aunque no más fácil, porque la invasión del país por tropas fascistas es más evidente que la dictadura del entramado financiero internacional. El nazismo fue vencido por la indignación de muchos, pero el peligro totalitario en sus múltiples variantes no ha desaparecido. Ni en aspectos tan burdos como los campos de concentración (Guantánamo, Abu Ghraib), muros, vallas, ataques preventivos y «lucha contra el terrorismo» en lugares geoestratégicos, ni en otros mucho más sofisticados y tecnificados como la mal llamada «globalización» financiera.

¡INDIGNAOS!, repite Hessel a los jóvenes. Les recuerda los logros de la segunda mitad del siglo XX en el terreno de los derechos humanos, la implantación de la Seguridad Social, los avances del Estado del bienestar, al tiempo que les señala los actuales retrocesos. Los brutales atentados del 11-S en Nueva York y

las desastrosas acciones emprendidas por Estados Unidos como respuesta a los mismos, están marcando el camino inverso. Un camino que en la primera década de este siglo XXI se está recorriendo a una velocidad alarmante. De ahí la alerta de Hessel a los jóvenes. Con su grito les está diciendo: «Chicos, cuidado, hemos luchado por conseguir lo que tenéis, ahora os toca a vosotros defenderlo, mantenerlo y mejorarlo; no permitáis que os lo arrebaten».

¡INDIGNAOS! Luchad, para salvar los logros democráticos basados en valores éticos, de justicia y libertad prometidos tras la dolorosa lección de la segunda guerra mundial. Para distinguir entre opinión pública y opinión mediática, para no sucumbir al engaño propagandístico. «Los medios de comunicación están en manos de la gente pudiente», señala Hessel. Y yo añado: ¿quién es la gente pudiente? Los que se han apoderado de lo que es de todos. Y como es de todos, es nuestro derecho y nuestro deber recuperarlo al servicio de nuestra libertad.

No siempre es fácil saber quién manda en realidad, ni cómo defendernos del atropello. Ahora no se trata de empuñar las armas contra el invasor ni de hacer descarrilar un tren. El terrorismo no es la vía adecuada contra el totalitarismo actual, más sofisticado que el de los bombarderos nazis. Hoy se trata de no sucumbir bajo el huracán destructor del «siempre

más», del consumismo voraz y de la distracción mediática mientras nos aplican los recortes.

¡INDIGNAOS!, sin violencia. Hessel nos incita a la insurrección pacífica evocando figuras como Mándela o Martín Luther King. Yo añadiría el ejemplo de Gandhi, asesinado precisamente en 1948, año de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de cuya redacción fue partícipe el propio Hessel. Como cantara Raimon contra la dictadura: Digamos NO. Negaos. Actuad. Para empezar, ¡INDIGNAOS!

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

A los lectores españoles

Considero de especial relevancia que mi llamamiento a comprometerse, indignarse, resistir a aquello inaceptable, alcance a la joven generación de esa España que ha tenido tanto que afrontar y que es rica, hoy en día, en su diversidad cultural y lingüística. Le estoy muy agradecido al apoyo que ha dado a la causa palestina, que se muestra cada vez más partidaria de una resistencia no violenta. La inercia cómplice de una Unión Europea pusilánime va contra nuestros intereses a largo plazo y contra la paz a medio plazo. La España rebelde y valiente de siempre puede favorecer este impulso hacia una Europa cultural, fraternal, y no una Europa al servicio de una financiarización del mundo.

STÉPHANE HESSEL

¡INDIGNAOS!

Noventa y tres años. Es algo así como la última etapa. El final ya no está muy lejos. ¡Qué suerte poder aprovecharlos para recordar lo que fueron los cimientos de mi compromiso político: los años de resistencia y el programa elaborado hace 66 años por el Consejo Nacional de la Resistencia! A Jean Moulin le debemos, en el marco de este Consejo, la unión de todos los miembros de la Francia ocupada, los movimientos, los partidos, los sindicatos, para proclamar su adhesión a la Francia combatiente y al único líder que reconocía: el general Charles de Gaulle. Desde Londres, donde me había unido al general De Gaulle en marzo de 1941, supe que este Consejo había preparado un programa, que adoptaría el 15 de marzo de 1944 y que proponía para la Francia liberada un conjunto de principios y valores sobre los que se asentaría la democracia moderna de nuestro país.¹

Estos principios y valores son hoy más necesarios que nunca. Todos juntos debemos velar por que nuestra sociedad sea una sociedad de la que podamos es-

tar orgullosos: no esa sociedad de sin papeles, de expulsiones, de recelo hacia los inmigrantes; no esa sociedad que pone en duda la jubilación, el derecho a la Seguridad Social; no esa sociedad donde los medios de comunicación están en manos de la gente pudiente: todo ello, cosas a las que no habríamos dado ningún crédito de haber sido los verdaderos herederos del Consejo Nacional de la Resistencia.

A partir de 1945, después de un drama atroz, las fuerzas presentes en el Consejo de la Resistencia emprendieron una ambiciosa resurrección. Recordémoslo, fue entonces cuando se creó la Seguridad Social tal y como quería la Resistencia, como su programa estipulaba: «Un plan completo de Seguridad Social cuyo objetivo sea garantizar a todos los ciudadanos los medios de subsistencia, en todos aquellos casos en los que no puedan procurárselos a través del trabajo»; «una jubilación que permita a los ancianos trabajadores finalizar sus días con dignidad». Las fuentes de energía, la electricidad y el gas, las minas de carbón y los grandes bancos se nacionalizaron. Era esto lo que el programa preconizaba: «El retorno a la nación de los grandes medios de producción monopolizados, fruto del trabajo común, de las fuentes de energía, de las riquezas del subsuelo, de las compañías de seguros y de los grandes bancos»; «la instauración de una verdadera democracia económica y

social, que implique la evicción de las grandes feudalidades económicas y financieras de la dirección de la economía». El interés general debía primar sobre el interés particular y el reparto justo de las riquezas creadas por el mundo del trabajo, sobre el poder del dinero. La Resistencia propuso «una organización racional de la economía que garantice la subordinación de los intereses particulares al interés general, libre de la dictadura profesional instaurada a imagen de los Estados fascistas», y el gobierno provisional de la República recogió el testigo.

Una verdadera democracia necesita una prensa independiente; la Resistencia lo sabía y lo exigió: defendió «la libertad de prensa, su honor y su independencia con respecto al Estado, los poderes económicos o las influencias extranjeras». Esto es lo que, desde 1944, todavía recogen las ordenanzas de prensa. Sin embargo, es esto precisamente lo que a día de hoy está en peligro.

La Resistencia apelaba a «la posibilidad efectiva de todos los niños de beneficiarse de la enseñanza más desarrollada», sin discriminación. Sin embargo, las reformas propuestas en 2008 van en contra de este objetivo. Jóvenes profesores, a los que apoyo, han llegado al punto de negarse a aplicarlas y han visto cómo se reducían sus sueldos a modo de castigo. Se han indignado, «han desobedecido», han con-

siderado estas reformas demasiado alejadas del ideal de la escuela republicana, demasiado al servicio de una sociedad del dinero, un obstáculo para el desarrollo del espíritu creativo y crítico.

Son los cimientos de las conquistas sociales de la Resistencia lo que hoy se pone en tela de juicio.²

El motivo de la resistencia es la indignación

Se atreven a decirnos que el Estado ya no puede garantizar los costes de estas medidas ciudadanas. Pero ¿cómo puede ser que actualmente no haya suficiente dinero para mantener y prolongar estas conquistas cuando la producción de riqueza ha aumentado considerablemente desde la Liberación, un periodo en el que Europa estaba en la ruina? Pues porque el poder del dinero, tan combatido por la Resistencia, nunca había sido tan grande, insolente, egoísta con todos, desde sus propios siervos hasta las más altas esferas del Estado. Los bancos, privatizados, se preocupan en primer lugar de sus dividendos y de los altísimos sueldos de sus dirigentes, pero no del interés general. Nunca había sido tan importante la distancia entre los más pobres y los más ricos, ni tan alentada la competitividad y la carrera por el dinero.

El motivo fundamental de la Resistencia fue la indignación. Nosotros, veteranos de la Resistencia y

de las fuerzas combatientes de la Francia Libre, apelamos a las jóvenes generaciones a dar vida y transmitir la herencia de la Resistencia y sus ideales. Nosotros les decimos: coged el relevo, ¡indignaos! Los responsables políticos, económicos, intelectuales y el conjunto de la sociedad no pueden claudicar ni dejarse impresionar por la dictadura actual de los mercados financieros que amenaza la paz y la democracia.

Os deseo a todos, a cada uno de vosotros, que tengáis vuestro motivo de indignación. Es un valor precioso. Cuando algo te indigna como a mí me indignó el nazismo, te conviertes en alguien militante, fuerte y comprometido. Pasas a formar parte de esa corriente de la historia, y la gran corriente debe seguir gracias a cada uno. Esa corriente tiende hacia mayor justicia, mayor libertad, pero no hacia esa libertad incontrolada del zorro en el gallinero. Esos derechos, cuyo programa recoge la Declaración Universal de 1948, son universales. Si os encontráis con alguien que no se beneficia de ellos, compadecedlo y ayudadlo a conquistarlos.

Dos visiones de la historia

Cuando intento comprender qué causó el fascismo, qué provocó que fuéramos invadidos por él y por Vichy, me digo que los propietarios, con su egoísmo, tuvieron un miedo terrible a una revolución bolchevique. Se dejaron guiar por sus temores. Pero si, hoy como entonces, una minoría activa se rebela, será suficiente, tendremos la levadura que levante a la masa. Es cierto que la experiencia de alguien tan viejo como yo, nacido en 1917, es diferente a la de los jóvenes de hoy. A menudo les pido a los profesores de escuela que me permitan hablar frente a sus alumnos, y les digo: «No tenéis las mismas razones, tan evidentes, para comprometeros. Para nosotros, resistir era no aceptar la ocupación alemana, la derrota. Era relativamente simple. Simple como lo que siguió, la descolonización. Después llegó la guerra de Argelia. Era necesario que Argelia se independizase; era evidente. En cuanto a Stalin, todos nosotros aplaudimos la victoria del Ejército Rojo contra los

nazis en 1943. Pero, desde que tuvimos noticia de los grandes procesos estalinistas de 1935, y aunque hacía falta tener un oído atento al comunismo para contrarrestar el capitalismo estadounidense, la necesidad de oponerse a esta forma insoportable de totalitarismo se impuso de forma muy clara. Mi larga vida me ha dado una sucesión de razones para indignarme».

Estas razones han nacido menos de una emoción que de una voluntad de comprometerme. Al joven *normalien** que yo era lo marcó mucho Sartre, un condiscípulo mayor. *La náusea*. *El muro*, y no *El ser y la nada*, fueron muy importantes en la formación de mi pensamiento. Sartre nos enseñó a decirnos a nosotros mismos: «Sois responsables en tanto que individuos». Era un mensaje libertario. La responsabilidad del hombre que no puede encomendarse ni a un poder ni a un dios. Al contrario, debe comprometerse en nombre de su responsabilidad como persona humana. Cuando ingresé en la École Normale de la calle de Ulm, en París, en 1939, entré como ferviente discípulo de Hegel y asistía al seminario de Maurice Merleau-

* Alumno de la École Normale Supérieure de Paris (Escuela Normal Superior de París), institución educativa de gran prestigio que en sus inicios formaba a los profesores de secundaria y que en la actualidad imparte másteres y estudios de doctorado. Se caracteriza por su espíritu interdisciplinar y su alto grado de exigencia. (N. del t.)

Ponty. Su enseñanza exploraba la experiencia concreta, la del cuerpo y de su relación con el sentido, gran singular frente al plural de los sentidos. Pero mi optimismo natural, que quiere que todo aquello que es deseable sea posible, me llevaba hacia Hegel. El hegelianismo interpreta que la larga historia de la humanidad tiene un sentido: es la libertad del hombre que progresa etapa por etapa. La historia está hecha de conflictos sucesivos, la aceptación de desafíos. La historia de las sociedades progresa y, al final, cuando el hombre ha conseguido su libertad completa, obtenemos el Estado democrático en su forma ideal.

Por supuesto, existe otra concepción de la historia. Los progresos alcanzados por la libertad, la competitividad, la carrera del «siempre más», todo esto puede vivirse como un huracán destructor. Es así como representa la historia un amigo de mi padre, el hombre que compartió con él la labor de traducir al alemán *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust: el filósofo alemán Walter Benjamín. Él sacó un mensaje pesimista del cuadro del pintor suizo Paúl Klee *Ángelus Novus*, en el que la figura del ángel abre los brazos como si quisiera contener y ahuyentar una tempestad que él identifica con el progreso. Para Benjamín, quien se suicidó en septiembre de 1940 para huir del nazismo, el sentido de la historia es la marcha inevitable de catástrofe en catástrofe.

La indiferencia: la peor de las actitudes

Es cierto, las razones para indignarse pueden parecer hoy menos nítidas o el mundo, demasiado complejo. ¿Quién manda?, ¿quién decide? No siempre es fácil distinguir entre todas las corrientes que nos gobiernan. Ya no se trata de una pequeña élite cuyas artimañas comprendemos perfectamente. Es un mundo vasto, y nos damos cuenta de que es interdependiente. Vivimos en una interconectividad como no ha existido jamás. Pero en este mundo hay cosas insoportables. Para verlo, debemos observar bien, buscar. Yo les digo a los jóvenes: buscad un poco, encontraréis. La peor actitud es la indiferencia, decir «paso de todo, ya me las apañó». Si os comportáis así, perdéis uno de los componentes esenciales que forman al hombre. Uno de los componentes indispensables: la facultad de indignación y el compromiso que la sigue.

Ya podemos identificar dos nuevos grandes desafíos:

- 1) La inmensa distancia que existe entre los muy pobres y los muy ricos, que no para de aumentar. Es una innovación de los siglos XX y XXI. Los que son muy pobres apenas ganan actualmente dos dólares por día. No podemos permitir que esta distancia siga creciendo. Esta constatación debe suscitar de por sí un compromiso.
- 2) Los derechos humanos y la situación del planeta. Después de la Liberación tuve la suerte de participar en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la Organización de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 en París, en el palacio de Chaillot. Fue bajo el cargo de jefe de Gabinete de Henri Laugier, secretario general adjunto de la ONU y secretario de la Comisión de Derechos Humanos, que participé, junto a otros, en la redacción de esta declaración. No podría olvidar el papel que desempeñó en su elaboración René Cassin, comisario nacional de Justicia y Educación del gobierno de la Francia Libre en Londres en 1941, que fue premio Nobel de la Paz en 1968; ni el de Pierre Mendés France en el seno del Consejo Económico y Social, a quien enviábamos los textos que elaborábamos antes de ser examinados

por la Tercera Comisión de la Asamblea General, que se encargaba de las cuestiones sociales, humanitarias y culturales. Formaban parte de ella los 58 Estados miembros, en la época, de las Naciones Unidas, y yo asumí el secretariado. Es a René Cassin a quien debemos el término de derechos «universales» y no «internacionales», como proponían nuestros amigos anglosajones. Porque ésta era la cuestión al salir de la segunda guerra mundial: emanciparse de las amenazas que el totalitarismo ha impuesto a la humanidad. Para ello, es necesario que los Estados miembros de la ONU se comprometan a respetar estos derechos universales. Es una forma de desbaratar el argumento de plena soberanía que un Estado puede hacer valer mientras comete crímenes contra la humanidad en su territorio. Éste fue el caso de Hitler, que se creyó un dueño y señor autorizado a provocar un genocidio. La Declaración Universal le debe mucho a la reacción universal contra el nazismo, el fascismo, el totalitarismo, e incluso, por nuestra presencia, al espíritu de la Resistencia. Yo sentía que había que ir deprisa, que no podíamos dejarnos engañar por la hipocresía que había en la adhesión proclamada por los vencedores a unos valores que

no todos tenían la intención de promover con lealtad, pero que nosotros intentábamos imponerles.³

No me resisto a citar el artículo 15 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: «Toda persona tiene derecho a una nacionalidad», y el artículo 22: «Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la Seguridad Social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables para su dignidad y para el libre desarrollo de su personalidad». Y aunque esta declaración tiene un alcance declarativo, y no jurídico, ha desempeñado un papel muy importante desde 1948; hemos visto cómo hacían uso de ella los pueblos colonizados en sus luchas por la independencia; sembró los espíritus en su combate por la libertad.

Constato con satisfacción que, a lo largo de las últimas décadas, se han multiplicado las organizaciones no gubernamentales, los movimientos sociales como Attac (Asociación para la Fijación de Impuestos en las Transacciones Financieras), FIDH (Federación Internacional de Derechos Humanos), Amnistía..., que son activos y eficientes. Está claro que, para

ser eficaz hoy en día, se debe actuar en red, aprovechar los medios modernos de comunicación.

A los jóvenes, les digo: mirad a vuestro alrededor, encontraréis los hechos que justifiquen vuestra indignación —el trato a los inmigrantes, a los sin papeles, a los gitanos—. Encontraréis situaciones concretas que os llevarán a emprender una acción ciudadana fuerte. ¡Buscad y encontraréis!

Mi indignación a propósito de Palestina

Actualmente mi principal indignación concierne a Palestina, la franja de Gaza, Cisjordania. La fuente de mi indignación es el llamamiento lanzado por los israelíes valientes en la Diáspora: vosotros, nuestros antepasados, venid a ver adonde han llevado nuestros dirigentes a este país, olvidando los valores humanos fundamentales del judaísmo. Me desplazé hasta allí en 2002 y luego cinco veces más hasta 2009. Es absolutamente necesario leer el informe Richard Goldstone sobre Gaza de septiembre de 2009, en el que este juez sudafricano, judío, que incluso se reconoce sionista, acusa al ejército israelí de haber cometido «actos asimilables a crímenes de guerra y quizás, en determinadas circunstancias, a crímenes contra la humanidad» durante la Operación Plomo Fundido, que duró tres semanas. En 2009, volví con mi mujer a Gaza —donde pudimos entrar gracias a nuestros pasaportes diplomáticos—, con el objetivo de eva-

luar con nuestros propios ojos lo que afirmaba el informe. La gente que nos acompañaba no fue autorizada a entrar en la franja de Gaza. Ni allí ni en Cisjordania. También visitamos los campos de refugiados palestinos creados en 1948 por la Agencia de las Naciones Unidas, la UNRWA, donde más de tres millones de palestinos expulsados de sus tierras por Israel esperan un regreso cada vez más problemático. En cuanto a Gaza, es una prisión a cielo abierto para un millón y medio de palestinos. Una prisión en la que se organizan para sobrevivir. Más que las destrucciones materiales, como la del hospital de la Media Luna Roja por la Operación Plomo Fundido, es el comportamiento de los gazatíes, su patriotismo, su amor por el mar y las playas, su constante preocupación por el bienestar de sus hijos, innumerables y risueños, lo que permanece en nuestra memoria. Nos impresionó su ingeniosa manera de hacer frente a todas las penurias que les son impuestas. Vimos cómo confeccionan ladrillos a falta de cemento para reconstruir las miles de casas destruidas por los carros de combate. Nos confirmaron que, durante la Operación Plomo Fundido llevada a cabo por el ejército israelí, los muertos habían sido 1.400 —mujeres, niños y ancianos— en el lado palestino, frente a únicamente cincuenta heridos del lado israelí. Comparto las conclusiones del juez sudafricano. Que los pro-

pios judíos puedan perpetrar crímenes de guerra es insoportable. Desafortunadamente, la historia da pocos ejemplos de pueblos que saquen lecciones de su propia historia.

Lo sé, Hamás, que ganó las últimas elecciones legislativas, no ha podido evitar que se lancen cohetes a los pueblos israelíes en respuesta a la situación de aislamiento y bloqueo en la que se encuentran los gazatíes. Evidentemente pienso que el terrorismo es inaceptable, pero hay que admitir que, cuando un pueblo está ocupado con medios militares infinitamente superiores, la reacción popular no puede ser únicamente no violenta.

¿Le sirve de algo a Hamás enviar cohetes a la ciudad de Sdérót? La respuesta es no. No sirve a su causa, pero podemos explicar estos actos por la exasperación de los gazatíes. En la noción de exasperación, hay que comprender la violencia como una lamentable conclusión de situaciones inaceptables para aquellos que las sufren. Entonces, podría decirse que el terrorismo es una forma de exasperación, y que esta exasperación es un término negativo. No deberíamos exasperarnos, deberíamos esperanzarnos. La exasperación es una negación de la esperanza. Es algo comprensible, casi diría que natural, pero precisamente por eso no es aceptable. Porque no permite obtener los resultados que puede eventualmente producir la esperanza.

La no violencia, el camino que debemos aprender a seguir

Estoy convencido de que el porvenir pertenece a la no violencia, a la conciliación de las diferentes culturas. Es por esta vía que la humanidad deberá superar su próxima etapa. Y aquí, coincido con Sartre, no podemos excusar a los terroristas que tiran bombas, podemos comprenderlos. Sartre escribe en 1947: «Reconozco que la violencia, cualquiera que sea la forma bajo la que se manifiesta, es un fracaso. Pero es un fracaso inevitable puesto que estamos en un mundo de violencia. Y si es cierto que el recurso a la violencia contra la violencia corre el riesgo de perpetuarla, también es verdad que es el único medio de detenerla».⁴ A lo que yo añadiría que la no violencia es un medio más eficaz de detenerla. No podemos apoyar a terroristas tal y como hizo Sartre en nombre de este principio durante la guerra de Argelia; o en ocasión del atentado de los juegos de Munich, en 1972, co-

metido contra atletas israelíes. No es eficaz, y el propio Sartre acabó por interrogarse, al final de su vida, sobre el sentido del terrorismo y llegó a dudar de su razón de ser. Decir «la violencia no es eficaz» es hartó más relevante que saber si se debe condenar o no a quienes se entregan a ella. El terrorismo no es eficaz. En la noción de eficacia es necesaria una esperanza no violenta. De existir una esperanza violenta, ésta se encuentra en la poesía de Guillaume Apollinaire: «Qué violenta es la esperanza»; pero no en política. Sartre, en marzo de 1980, a tres semanas de su muerte, declaraba: «Hay que intentar explicar por qué el mundo actual, que es horrible, no es más que un momento en el largo desarrollo histórico, que la esperanza ha sido siempre una de las fuerzas dominantes de las revoluciones y de las insurrecciones, y cómo todavía siento la esperanza como mi concepción del porvenir.»⁵

Hay que comprender que la violencia da la espalda a la esperanza. Hay que dotar a la esperanza de confianza, la confianza en la no violencia. Es el camino que debemos aprender a seguir. Tanto del lado de los opresores como de los oprimidos, hay que llegar a una negociación que haga desaparecer la opresión; eso es lo que permitirá que no haya violencia terrorista. Es por esta razón que no deberíamos acumular mucho odio.

El mensaje de un Mándela, de un Martín Luther King encuentra toda su pertinencia en un mundo que ha sobrepasado la confrontación de las ideologías y el totalitarismo conquistador. Es un mensaje de esperanza relativo a la capacidad de las sociedades modernas para lograr la superación de los conflictos a través de una mutua comprensión y una atenta paciencia. Para conseguirlo, hay que basarse en los derechos, cuya violación, cualquiera que sea el autor, debe provocar nuestra indignación. No cabe transigir respecto a estos derechos.

Por una insurrección pacífica

He constatado —y no soy el único— la reacción del gobierno israelí confrontado al hecho de que cada viernes los habitantes de la pequeña ciudad de Bil'in, en Cisjordania, van, sin lanzar piedras, sin usar fuerza alguna, hasta el muro contra el cual protestan. Las autoridades israelíes han calificado esta marcha de «terrorismo no violento». No está mal. Hay que ser israelí para calificar de terrorista la no violencia. Tiene que resultar embarazosa la eficacia de una no violencia que tiende a suscitar apoyos, comprensión, la complicidad de todos aquellos que en el mundo son adversarios de la opresión.

El pensamiento productivista, auspiciado por Occidente, ha arrastrado al mundo a una crisis de la que hay que salir a través de una ruptura radical con la escapada hacia delante del «siempre más», en el dominio financiero pero también en el de las ciencias y las técnicas. Ya es hora de que la preocupación por

la ética, por la justicia, por el equilibrio duradero prevalezcan. Puesto que los más graves riesgos nos amenazan. Y pueden llevar a su término la aventura humana en un planeta que podría volverse inhabitable para el hombre.

Pero no es menos cierto que se han hecho importantes progresos desde 1948: la descolonización, el final del *apartheid*, la destrucción del imperio soviético, la caída del muro de Berlín. Por el contrario, la primera década del siglo XXI ha sido un periodo de retroceso. Este retroceso lo atribuyo en parte a la presidencia estadounidense de George Bush, al 11 de septiembre y a las desastrosas acciones que como consecuencia ha emprendido Estados Unidos, como esa intervención militar en Irak. Nos hemos encontrado con esta crisis económica, pero no hemos aprovechado la ocasión para iniciar ninguna nueva política de desarrollo. De la misma manera, la cumbre de Copenhague contra el cambio climático no ha conducido al compromiso de una verdadera política para la preservación del planeta. Nos encontramos en un umbral, entre los horrores de la primera década y las posibilidades de las siguientes. Pero hay que tener confianza, no hay que perder la confianza nunca. El decenio anterior, el de 1990, fue el origen de grandes progresos. Las Naciones Unidas supieron convocar conferencias como la de Río sobre el medio-

ambiente, en 1992; la de Pekín sobre las mujeres, en 1995; en septiembre de 2000, a partir de la iniciativa del secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, los 191 países miembros adoptaron la declaración sobre los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio, a través de la cual se comprometían a reducir la pobreza en el mundo a la mitad desde 2000 hasta 2015. Mi principal disgusto es que ni Obama ni la Unión Europea hayan propuesto una aportación para una fase constructiva apoyada en los valores fundamentales.

¿Cómo concluir esta llamada a la indignación? Acordándonos una vez más de que, en ocasión de los 60 años del Consejo Nacional de la Resistencia, decíamos, el 8 de marzo de 2004, nosotros, los veteranos de los movimientos de resistencia y de las fuerzas combatientes de la Francia Libre (1940-1945), que ciertamente «el nazismo ha sido vencido, gracias al sacrificio de nuestros hermanos y hermanas de la Resistencia y de las Naciones Unidas contra la barbarie fascista. Pero esta amenaza no ha desaparecido totalmente y nuestra cólera respecto a la injusticia sigue intacta».⁶

No, esta amenaza no ha desaparecido del todo. De la misma manera, apelemos todavía a «una verdadera insurrección pacífica contra los medios de comunicación de masas que no proponen otro horizonte para

nuestra juventud que el del consumo de masas, el desprecio hacia los más débiles y hacia la cultura, la amnesia generalizada y la competición a ultranza de todos contra todos».

A aquellos que harán el siglo XXI, les decimos, con todo nuestro afecto:

«CREAR ES RESISTIR.

RESISTIR ES CREAR.»

Epílogo de los editores

Stéphane Hessel nació en Berlín en 1917, de padre judío, escritor y traductor, Franz Hessel, y de madre pintora y melómana, Helen Hund, también escritora. Sus padres se establecieron en París en 1924 con sus dos hijos, Ulrich, el primogénito, y Stéphane. Gracias al entorno familiar, ambos frecuentaron la vanguardia parisina, por ejemplo al dadaísta Marcel Duchamp y al escultor estadounidense Alexander Calder.

Stéphane ingresa en L'École Normale Supérieure de la calle Ulm en 1939, pero la guerra interrumpe sus estudios. Naturalizado francés desde 1937, es movilizado, conoce la *drôle de guerre** y ve al mariscal Pé-

* Expresión francesa que designa el periodo de la Segunda guerra mundial que va desde la invasión alemana de Polonia y la declaración de guerra de Francia e Inglaterra a Alemania, el 3 de septiembre de 1939, hasta la invasión alemana de Francia en abril de 1940. Debe su nombre ('la extraña guerra') al hecho de que el frente occidental permaneció prácticamente inactivo. (N. del t.)

tain liquidar la soberanía francesa. En marzo de 1941 se incorpora a la Francia Libre del general De Gaulle, en Londres. Trabaja en la Oficina de Contraespionaje, Información y Acción (BCRA, en sus siglas en francés). Una noche de finales de marzo de 1944, desembarca clandestinamente en Francia bajo el nombre en código de Greco, con la misión de entrar en contacto con las diferentes redes parisinas y encontrar nuevos emplazamientos para las transmisiones de radio con el fin de pasar a Londres las informaciones recogidas, en vista del desembarco aliado. El 10 de julio de 1944, es detenido en París por la Gestapo al ser delatado: «No se persigue a alguien que ha hablado bajo tortura», escribirá en un libro de memorias, *Danse avec le siècle*, en 1997. Después de interrogatorios en los que se le somete a diversas torturas —al suplicio de la bañera en concreto, aunque sabe desestabilizar a sus torturadores hablándoles en alemán, su lengua materna—, es enviado al campo de Buchenwald, en Alemania, el 8 de agosto de 1944, pocos días antes de la liberación de París. La víspera de ser ahorcado, logra in extremis intercambiar su identidad por la de un francés fallecido por tifus en el campo. Con su nuevo nombre, Michel Boitel, de profesión fresador, es trasladado al campo de Rottleberode, cercano a la fábrica de trenes de aterrizaje de bombarderos alemanes, los Junker 52. Afortunada-

mente —su eterna buena suerte—, es destinado al servicio de contabilidad. Se escapa. Nuevamente capturado, es desplazado al campo de Dora, donde se fabrican los V-1 y V-2, cohetes con los que los nazis todavía esperan ganar la guerra. Asignado al batallón disciplinario, se escapa de nuevo y esta vez definitivamente; las tropas aliadas se acercan a Dora. Finalmente, reencuentra París y a su mujer Vitia —la madre de sus tres hijos, dos niños y una niña.

«Esta vida restituida había que comprometerla», escribe el veterano de la Francia Libre en sus memorias. En 1946, después de haber superado las oposiciones de ingreso en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Stéphane Hessel se convierte en diplomático. Su primer destino son las Naciones Unidas, donde, ese mismo año, Henri Laugier, secretario general adjunto de las Naciones Unidas y secretario de la Comisión de Derechos Humanos, le propone ser su secretario de Gabinete. Con ese cargo ingresa en la comisión encargada de elaborar lo que será la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Se considera que, de los doce miembros, seis desempeñaron un papel más destacado: Eleanor Roosevelt, la viuda del presidente Roosevelt, fallecido en 1945, feminista comprometida y presidenta de la Comisión; el doctor Chang (de la China de Chiang Kaishek, no de Mao), vicepresidente, quien afirmó que la Declaración no

debía ser el mero reflejo de las ideas occidentales; Charles Habib Malik (del Líbano), ponente de la comisión, a menudo presentado junto a Eleanor Roosevelt como «la fuerza motriz»; René Cassin (Francia), jurista y diplomático, presidente de la Comisión Consultiva de Derechos Humanos ante el Quai d'Orsay, a quien se debe la redacción de diversos artículos, así como haber sabido lidiar con el temor de ciertos Estados, incluida Francia, que veían su soberanía colonial amenazada por esta Declaración —tenía una concepción exigente e intervencionista de los Derechos Humanos—; John Peters Humphrey (Canadá), abogado y diplomático, colaborador cercano de Laugier, que escribió el primer borrador, un documento de cuatrocientas páginas, y finalmente Stéphane Hessel (Francia), diplomático, jefe de Gabinete del propio Laugier, el más joven. Se percibe hasta qué punto el espíritu de la Francia Libre influyó en esa comisión. La Declaración fue adoptada el 10 de diciembre de 1948 por las Naciones Unidas en el palacio de Chaillot, en París. Con el flujo de nuevos funcionarios, muchos de los cuales codiciaban un puesto bien remunerado, «aislando a los marginales en busca de ideal», según el propio comentario de Hessel en sus memorias, deja las Naciones Unidas.

El Ministerio de Asuntos Exteriores le encarga la representación de Francia en el seno de instituciones

internacionales, ocasión de reencontrar bajo ese cargo Nueva York y las Naciones Unidas. Durante la guerra de Argelia milita en favor de la independencia argelina. En 1977, con la complicidad del secretario general del Elíseo, Claude Brossolette, hijo de Fierre, antiguo jefe del BCRA, es propuesto por el presidente Valéry Giscard d'Estaing para el puesto de embajador ante las Naciones Unidas, en Ginebra.

No esconde que, de todos los hombres de Estado franceses, del que se ha sentido más próximo ha sido de Pierre Mendés France, a quien conoció en Londres en la época de la Francia Libre y reencontró en las Naciones Unidas en 1946, en Nueva York, donde este último representaba a Francia en el seno del Consejo Económico y Social. Su consagración como diplomático se deberá a «esta modificación del gobierno francés —escribe— que constituye la llegada de François Mitterrand al Elíseo», en 1981. «Convirtió a un diplomático fundamentalmente especializado en cooperación multilateral en un embajador de Francia.» Se afilia al Partido Socialista. «¿Me pregunto por qué? Primera respuesta: la conmoción del año 1995. No me imaginaba que los franceses fueran tan imprudentes como para llevar a Jacques Chirac a la presidencia.» En disposición de un pasaporte diplomático, se desplaza con su nueva mujer en 2008 y 2009 a la franja de Gaza, y a su retorno da testimo-

nio de la dolorosa existencia de los gazatíes. «Siempre me he situado del lado de los disidentes», declara en esa misma época.

Es exactamente esta persona la que habla aquí, a sus noventa y tres años.

SYLVIE CROSSMAN

¹ El Consejo Nacional de la Resistencia (CNR) fue creado clandestinamente el 27 de mayo de 1943, en París, por representantes de los ocho grandes movimientos de resistencia: los dos grandes sindicatos anteriores a la guerra, la CGT y la CFTC (Confederación Francesa de los Trabajadores Cristianos), y los seis partidos políticos principales de la Tercera República, entre los que se encontraban el PC y la SFIO (los socialistas). El CNR tuvo su primera reunión ese 27 de mayo, bajo la presidencia de Jean Moulin, delegado del general De Gaulle, quien quería instaurar este Consejo para volver más eficaz la lucha contra los nazis y reforzar su propia legitimidad de cara a los aliados. De Gaulle encargó al Consejo la elaboración de un programa de gobierno en previsión de la liberación de Francia. Este programa fue objeto de diversos intercambios entre el CNR y el gobierno de la Francia Libre, tanto en Londres como en Argel, antes de ser adoptado el 15 de marzo de 1944, en asamblea plenaria por el CNR. Dicho programa fue entregado solemnemente al general De Gaulle por el CNR el 25 de agosto de 1944, en el Hotel de Ville de París. Cabe destacar que la disposición sobre la prensa fue promulgada el 26 de agosto, y que uno de los principales redactores del programa fue Roger Ginsburger, hijo de un rabino alsaciano. Ginsburger, bajo el seudónimo de Pierre Villon, fue secretario general del Frente Nacional por la Independencia de Francia, movimiento de resistencia creado por el Partido Comunista francés en 1941, y representaba a este movimiento en el seno del CNR y de su oficina permanente.

² Según una estimación sindicalista, las pensiones por jubilación han pasado del 75-80 por ciento del salario a aproximadamente el 50 por ciento, porcentaje éste en el extremo más elevado. En 2010 Jean-Paul Domin, profesor de Economía en la Universidad de Reims Champagne-Ardenne, redactó para el Instituto Europeo del Salariado un artículo sobre «el seguro médico complementario». En él revela que el acceso a un seguro complementario de calidad es en la actualidad un privilegio en función de la posición en el empleo; que los más frágiles renuncian a los tratamientos a falta de seguros complementarios y de la importancia de la suma que no cubre el seguro; que la fuente del problema es no haber hecho del salario el soporte de los derechos sociales, punto central de las disposiciones del 4 y el 15 de octubre de 1945. Éstas promulgaban la Seguridad Social y situaban su gestión bajo la doble autoridad de los representantes de los trabajadores y del Estado. Desde las reformas Juppé de 1995, promulgadas por ordenanzas, y la ley Douste-Blazy (médico de formación) de 2004, es exclusivamente el Estado el que administra la Seguridad Social. Por ejemplo, es el jefe del Estado quien nombra por decreto al director general de la Caja Nacional de Seguro Médico (CNAM). Ya no son sindicalistas, como en los días siguientes a la Liberación, quienes capitanean las cajas primarias departamentales, sino el Estado, por vía de los prefectos. Los representantes de los trabajadores ya no desempeñan otro papel que el de consejeros.

³ La Declaración Universal de los Derechos Humanos fue adoptada el 10 de diciembre de 1948 en París por la Asamblea General de las Naciones Unidas, con los votos a favor de 48 de los 58 Estados miembros. Ocho se abstuvieron: Sudáfrica, a causa del *apartheid*, que la declaración condenaba de tonto; Arabia Saudí, por la igualdad entre hombres y mujeres, y la Unión Soviética (Rusia, Ucrania, Bielorrusia), Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia, que consideraron que la Declaración no iba lo suficientemente lejos respecto a los derechos económicos y sociales y a los derechos de las minorías. Cabe destacar que Rusia en particular se opuso a la propuesta australiana de crear un Tribunal Internacional de Derechos Humanos encargado de examinar las peticiones remitidas a las Naciones Unidas. Es importante también recordar que el artículo 8 de la Declaración introduce el principio del recurso individual contra un Estado en caso de violación de los derechos fundamentales. Este principio encontró su aplicación en 1998 en Europa, con la creación de un Tribunal Europeo de Derechos Humanos permanente que garantiza este derecho a unos 500 millones de europeos.

⁴ Sartre, J.-P, «Situation de l'écrivain en 1947», en Situations II, Gallimard, París, 1948.

⁵ Sartre, J.-P, «Maintenant l'espoir... (III)», en Le Nouvel Observateur, 24 de marzo de 1980.

⁶ Los firmantes del llamamiento del 8 de marzo de 2004 son: Lucie Aubrac, Raymond Aubrac, Henri Bartoli, Daniel Cordier, Philippe Dechartre, Georges Guingouin, Stéphane Hessel, Maurice Kriegel-Valrimont, Lise London, Georges Séguy, Germaine Tillion, Jean-Pierre Vernant y Maurice Voutey. Este llamamiento ha tenido una fuerte resonancia entre las generaciones más jóvenes, así como el discurso improvisado por Stéphane Hessel, el 17 de mayo de 2009, en la explanada de las Glières, en ocasión de la reunión anual Palabras de Resistencia, convocada a iniciativa de la asociación Ciudadanos Resistentes de Ayer y de Hoy. Recordando que el motivo de la Resistencia había sido «la indignación», Hessel pronunció: «¡Encontrad vuestros propios motivos de indignación, uníos a esta gran corriente de la historia!». Recogida por el cineasta Gilles Peret en la película *Walter, retour en résistance*, esta intervención es el punto de partida del texto publicado en estas páginas. Merece la pena consultar la página web de la asociación: www.citoyens-resistants.fr